

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN | CALLE DEL OLIMAR, Núm. 229

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

SUSCRICIÓN
Por un año \$ 10.00
Por seis meses 5.50
Por un mes 1.00
Número suelto 0.10
Número atrasado 0.20

EL CLAMOR PÚBLICO

El cañon y el libro

Picada la honrilla de la clase, lo cual prueba q' si son fuertemente duros, sienten exquisitamente los preceptos del honor, hubo una junta de cañones para tratar del curso y fin obtenido en el diálogo «El libro y el cañon», que la potente voz de esta revista ha dado a los vientos de la publicidad. Todos convinieron en que el concurso había sido vicioso y en que el fin resultó falso: nombraron, pues un representante para provocar nueva liza lo cual cumpliendo quien tal mereció, presentándose en la biblioteca, y ante el numeroso concurso que allí había, después de atento saludo, que por algo su dios Marte es también para muchos el dios de la buena crianza, tomó la palabra y dijo:

—Señores libros: Público el desenfado con que os atribuís la verdadera y única representación del saber y el desprecio que os inspira la clase a que me honro pertenecer, desprecio que constantemente expresáis, llamándonos «grandísimos bárbaros, ignorantes, muy brutos, grandísimos zoqueles, gazzapíos, animales zopenos, estúpidos, cobardes y cortesanos, y que se compagina muy mal con lo tolerante que todos dicen es el sabio, aquél me tenéis a mí, buscándonos en vuestro propio domicilio, solo entre compañeros de todas clases, y como defensores que desde el origen del mundo venimos siendo de la verdad y la justicia, que estamos cansados de oír la eterna defensa del error a que, por lo que debe ser vuestra fatal condición, parece estás condenados, hemos creído llegada la hora de sacaros de él. Pido, por lo tanto, competidor con quien discutir.

Largo ruido de inurrimaciones se sintieron salir de entre los estantes cuando el cañon cesó de hablar: el competidor, sin embargo de que el tiempo iba pasando, no se presentaba, por cuyo motivo el hijo de Marte volvió a hablar y dijo: —Es posible que si no os podéis poner de acuerdo para nombrar representante que sostenga vuestra causa, no haya quien espontáneamente se presente a ello, cuando estás aquí reunidos la flor y nata de las clases, los textos de cuantos conocimientos atañen al saber humano! No importa, porque nosotros no solamente sabemos cumplir nuestro deber, sino que tenemos al más altísimo como lo por él, y no por que no sepa o no quiera discutir, ha de dejar de decirlo algo de lo mucho que decirse puede en defensa de la noble causa que mis compañeros me han encomendado.

Un hombre de mucho saber, humano y digno cual ninguno y cuyo modo de ser y vivir en nada se relaciona con la profesión militar, ha dicho lo siguiente: «Así como los individuos naden ucanzan, sino por esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolución y por la guerra. «Pues a pesar de esta verdad profunda, que pone de relieve la santa misión del cañon, se nanda las grandes injusticias, nada las grandes ingratitudes que se conocen en el mundo, y cuidado que es secundado en ellas, comparadas con la in-

gratitud e injusticia que con nosotros se cometen. Apenas aparece libro con pretensiones de verter buenas ideas y representar alguna dosis de cultura, q' no denuestre, quo no acrimine al infeliz cañon llamándole ingrato y bárbaro, cuando el cañon nies bárbaro ni es ingrato: es todo lo contrario: el cañon es altamente civilizado y civilizador, tanto que si el mundo ha progresado en su civilización, ha sido porque el cañon le ha precedido, porque el cañon se le ha impuesto. Si el cañon solo representase la fuerza bruta desgraciada humanidad! el rey del mundo no sería el hombre, y aún siéndolo, no sería el hombre civilizado, porque el hombre salvaje tiene mejor constitución física y más desarrollada la fuerza bruta. Siendo, pues, el hombre salvaje más fuerte y en número mucho mayor, q' como, señores libros, ha sometido al débil y ha violentado todo su modo de ser para identificarse con el modo de ser de aquél! Vosotros que sois tan científicos y tan leídos, no tendréis la ocurrencia de atribuirlo a un mila ro; pero no hay que apurarse, que si vosotros no buscáis el porque nosotros os lo diremos. Así como Dios impuso su doctrina valiéndose del profeta, asimismo el profeta la extendió valiéndose de los apóstoles, nosotros hemos impuesto la civilización siendo al hombre civilizado lo que el profeta a Dios, lo que los apóstoles al profeta. Nos objetáis que hemos deprendido también ideas bárbaras, causas malas, pero no os fijéis en detalles que no es modo propio y digno de ver las cuestiones: ved el conjunto y decidnos si las intervenciones que nosotros hemos tenido en el mundo, no han dado por resultado lo que hoy de todos es tan admirado: un gran desarrollo de civilización.

—Qué hemos derramado mucha sangre! Y que culpa tenemos nosotros si ha sido necesario! La hemos vertido, si, pero ha sido de un modo fructuoso: del modo que la vierte el cirujano que, para hacer posible la vida, tiene que cortar un miembro inútil o podrido. Hemos, pues, impuesto la civilización por un conjunto de especiales circunstancias con que estamos dotados, ó más bien hablado, que solo nuestra familia se ha sabido crear. Fuertes para resistir, como lo dice nuestra materia constituyente; poderosos para atacar, como lo dicen nuestros disparos; argumentados en igual, como lo dicen nuestras grandes; modelos de laboriosos trabajos para enseñar, como dicen las ciencias, artes y oficios que representan nuestro estado; vivo ejemplo de que la nación se puede llegar a lo mucho, nuestro presente, arma potissima; como lo dice nuestro pasado, particularmente insignificante, y conjunto de inteligencias, síntesis de saber, como lo dicen desde la reunión de las moléculas minerales que han de constituir los elementos de nuestro material hasta su otra definitiva construcción y acertado uso, q' quien pueda con nosotros! ¡Quién a nosotros resiste! Quién no se humilla a nosotros!

—Y si física e intelectualmente somos tanto, tenemos otra condición moral que todos nosotros estimamos en lo muchísimo que vale: somos los genuinos y únicos representantes de esa dig-

na cualidad que se llama honor, tanto que solo un tribunal por nosotros constituido puede y sabe decidir en las cuestiones graves que ocurren al hombre en la vida, lo cual digo porque es muy notorio y viene a rostir de un modo concluyente la acusación de cobardes y serviles quo, aunque parezca increíble, nos ha sido también lanzada por un compañero vuestro.

Nosotros no rendimos páblos al vencedor, ni nos humillamos a él: nosotros sometemos dignamente: vosotros sois los serviles quo a todos cantáis alabanzas, quo de todos progonais ologios. Si de nuestro metal hacen una columna, vendrá, tanto mejor, porque como nosotros no peleamos por un pueril amor propio, nada tan honroso como dar razón a quien la tiene y contribuir a levantar monumentos gloriosos; si vamos a adornar un hospital de inválidos, nos holgamos también mucho por el significado que tiene en la acción de re glorificarse y dar realce al infeliz mutilado, al patriota insignio quo para cumplir su deber hasta la vida desprecia; si hacemos salvas en el cumpleaños de los grandes, q' que culpa tenemos nosotros de que la grandeza sea digna de alabanza y se deba pregonar para que sirva de estimulo!

La frente de Washington está confiada a laureles embriagadores porque los recogió en el campo del patriotismo y embriagadores son también los laureles que ciñen las frontes de los Ilustres Alejandro, César y Napoleón por lo mucho que la civilización los debe. Mas respeto, puas, señores libros, para quien respeto se merece, porque al no guardarlo, en primer lugar contradicis con los hechos la cultura quo queréis ostentar como vuestra condición esencial, y en segundo lugar podéis formar limitadoras que pretendan reducir al de simples copleros los nombres esclarecidos de Homero, Dante y Byron.

Tened también más lógica y comprended que si en nuestras relaciones hay ingratitud no es del cañon para el libro, como decís, sino del libro para el cañon, pues si vosotros os hemos abierto camino: con que no nos echéis en cara que somos cañon cuando podíamos ser bombardero que si nosotros fuerámos bombardero el libro tendría su representación en la tosca madera encerada y su inutilidad manifiesta en los pesadísimos medios que daba para grabar el pensamiento, su fragilidad para guardarlo y su incapacidad para conservarlo.

Si algún dia se levanta vuestro espíritu y conseguís librados del pecado original... que hoy tanto os incapacita para entenderlos, creed que lo celebraremos, ya por amor al bien, ya porque sabiendoos hacer justicia entre sí, estareis en principio de poder también hacerla a los demás. Entre tanto, agur!»

En marcha quiso ponersel el cañon cuando tal dijo, pero fué detenido por la voz de un libro quo desde entonces lejano y arrinconado llamó la atención y habló así: «Soy insignificante, cual bien lo domostra mi puesto, pero me atrevo a alzar mi voz para hacer constar quo yo guardo preceptos como estos:

—La guerra asusta a los timidos y a los ignorantes porque no ven en ella

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de programación y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

ADMINISTRADOR... SEBASTIÁN B. TORRES

—Sí, estaba ya harto de vivir entre cuatro paredes.

—Pues no es cosa muy sencilla escaparse de Poissy.

—Muy difícil—contesté yo, encogiéndome de hombros.

—No me atrevía a hablar, temeroso de comprometerme y de desengañar a aquellos bandidos, que indudablemente me tomaban por uno de sus compinches, evadido de Poissy.

Conocía ya el nombre quo se me atribuía, así como el de la prisión don de purgaba yo mi delito.

—Esto debe de tener dinero, amigo Julot, —dijo uno de los malhechores a su compañero.

—Supongo quo si, mi querido Azteca.

—Por lo tanto, Bobé, vas a conviértirta ahora mismo a tomar una copa para celebrar tu evasión.

—Como gustáis.

Hubiera yo desando rechazar la proposición, pero no consideró oportuno negarme a ella.

—A donde vamos! —añadió.

—A la taberna de la calle de Chancouriers.

—¡Pues adelante! —exclamé resigñado.

Sigui a mis nuevos amigos y entramos en un sitio innundo, en el cual media docena de borrachos roncaban en los bancos.

Julot pidió tres vasos y una botella de vino, escanció el líquido y dijo:

—A tu salud, Bobé!

—A la tuya, Julot! —contesté yo.

—No perdamos tiempo inútilmente —murmuró el Azteca— y hablemos de nuestros asuntos. Se me ha ocurrido una idea de primer orden. ¡Quítate ser de los nuestros Bobé!

—¡Eso no es una pregunta!

El Azteca explicó su proyecto. Trataba de introducirse en el domicilio de un anciano que vivía solo y estaba cargado de dinero. Era preciso examinar, ante todo, la distribución de la casa, para poder obrar con todo género de precauciones. Y como ni el uno ni el otro se atrevían a hacerlo a causa su mal pelaje era yo indicado para proceder al indicado estudio.

—Tienes inconveniente en encargarte del asunto? —me preguntó el Azteca.

—Qué he de tener!

—Nosotros nos encargaremos de la parte material del asesinato. Tú serás el capitán de la partida. ¡Te conviene.

—Ya lo creo!

—Venga otra copa!

Al cabo de un rato, salimos los tres a la calle, cuando de pronto me vi sujeto de dos vigorosos brazos, y atado con una gruesa cuerda, notando que lo mismo había ocurrido a mis dos compañeros.

Nuestros aprehensores eran varios agentes de policía, a quienes sin duda habíamos sido denunciados por algún espía disfrazado que figuraba entre los concurrentes a la taberna.

Por desdicha en vez de conductirnos ante el comisario de policía al cual hubiera pedido convencer de mi extraña aventura, nos encerraron en un cuartucho, en el que tuve que esperar hasta las ocho de la mañana.

Al fin llegó el momento en que creí verme pronto en libertad. Pero aún tuve que aguardar algún tiempo.

